

ARTE ★ LETRAS ESPECTACULOS

LIBROS

Manuel Vicent: la luz divina se puso oblicua

*"No olvidemos que es Dios quien pone la radio
todas las noches. Es Dios quien inunda
nuestros ojos con la brillante y desbordante luz".*

Primavera negra, Henry Miller.

PABLO CORBALAN

EN el despliegue irracionalista de la crisis imperial de la civilización norteamericana, libre pero atada y bien atada, hay una corriente rumorosa e idílica de misticismo bastardo que, si a veces se resuelve entre una parva de yerba y LSD con cama redonda a la luz de la Luna en cualquier provincia imperial, incluida o no en la OTAN, otras se desvía por el aquime-lasdentadas del rendimiento económico tal y como dejó ordenado aquel virtuoso braman llamado Keynes. Es decir, que si bien es verdad que el choteo místico - erótico - alucinógeno - cocacolizado existe en estado puro sin otras consecuencias que la autodestrucción o el amor, ese mismo choteo puede dar lugar a negocios ante los que los de las inmobiliarias de Moratalaz palidecen cual rostro de novicia. Quien quiere, en fin, puede seguir recorriendo el arco voltaico de las drogas duras, después de haber pasado por el porrito postinero y entregarse al coito sin precipitación y sin descanso o, por el contrario, aprovechar la obnubilación más o menos transitoria del personal y aprovechar las debilidades mentales de éste para convertirlos en carne de negocio. El imperio necesita de gran variedad de contrastes para ofrecer una impresión de riqueza romántica y vitalista. Necesita crear otros contrastes que no sean los meramente espeluznantes, porque no todo va a ser oro de la General Motors y miseria de los cubanos huidos o aporreamiento masivo de negros en Miami, sino que se debe echar mano a este folklore del misticismo bien manipulado a base de ecología y hamburguesa, sangüi de lechuga y locuras gay, posición loto y lois con un culo dentro, a poder ser jamaicano, para que dé bien en la tele. Todo esto

viene como agua de mayo para disimular el reparto continental de ojivas atómicas y los saraos venecianos a base de contubernio yanqui-italo-germano-franco-británico. También le viene bien a las recias braguetas pentagónicas por contraste entre la materia y el espíritu.

Macedonias de este tipo, a veces con agregados de puding británico o chatobrianes galos, han venido sucediéndose en diversas partes del mundo. En esta provincia tarraconense también las ha habido. Manuel Vicent, ese llanero solitario de las letras y experto cualificado en la observación de los fenómenos generacionales, que diría Julián Marías, se tiene el tema mamao y bien mamao y, en diversas ocasiones, le ha dedicado rollos más o menos extensos, auscultando el fenómeno hasta sus últimos estertores. En su última novela, este revuelo de andergran se convierte en una especie de sainete elevado a ópera y con convulsiones de suspense. Es una versión de lo que se pudiera llamar el fracaso carpetovetónico de un complot místico-contracultural USA. Vicent ha sabido seleccionar con mano maestra, que es la mano del erotismo en solitario, sus materiales y ha encontrado un beato Ripó elevado al cubo del Maestro Perfecto que nada tiene que envidiarle al guru Maharají que administra Rennie Davis, premie que aquí se repite, pero a la onda pícara de quien sólo cree en la Virgen de su pueblo contra todas las demás y está hecho a los floripondios de la vida pipa, o sea, la vida a la bartola con negocios a base de cosa fina, pero a lo Benidorm. Vicente ha sabido ver muy bien visto eso del supermercado espiritual donde te clava un vidente



Manuel Vicent.

en trance de saturación en cuanto te descuidas, y ha sabido ver de una vez lo que separa la Misión de la Luz Divina del astródromo de Houston con espectáculo místico a lleno repleto y a 25.000 dólares diarios. Bueno, es un decir. Lo que sugiero es que el modelo de su libro "Angeles o neófitos" (1) viene por ese hilo y nos lo aclara el subtítulo, que nos habla del "devocionario del beato Ripó en cuatro jornadas de perfección y un horóscopo para incrédulos". La incredulidad es mucha y por eso hacía falta este libro entre nosotros. Pero como el choteo también abunda, igualmente necesitábamos esta sabia advertencia que, además, viene a

(1) Ediciones Destino. Barcelona, 1980.

ser el tratado de Vicent. Sí, un verdadero tratado sobre "la fiebre del alma", que es la nueva fiebre del oro, y con lady Teli, que daba de sí todo lo que tenía que dar en el plenilunio estival de este presunto milenio. No se llega a la "dars-han" con eyaculación y todo, pero se consigue una especie de situación noética (véase Teilhard de Chardin) que si no triunfa es porque la mística falla a veces como los buenos mecheros.

El libro de Vicent se instala en la Tarraconenses por razones obvias. Este es el terreno que conoce el autor y en este terreno se pueden producir únicamente catástrofes tan realistas y tan delirantes al mismo tiempo como la sufrida por la leyenda sufi que ilustra sobre el llanto del corazón ante lo perdido



y la alegría del espíritu ante lo encontrado. Por las páginas de Vicent se deslizan tentaciones y sobresaltos, espíritus beodos y lamas en estado de cazurrería exacerbada, suaves apios verdes tendidos a la esperanza y la familia española que nunca mea sola, además de Shankara y de su flauta y de la onda expansiva, provocada por una campaña publicitaria a base de helicóptero comarcal, Rumi y los pasotas, etcétera, etcétera. Vicent nos ha puesto en la noria verbenera e ilusionada de un negocio que hubiera podido ir por el camino del Palmar de Troya, pero que se ha puesto en tufo de bitúnic, jipis y pan, sólo que con madres de familia, ejecutivos, paletos y una venta de parcelas a pagar en cómodos plazos que deja escapar el globo medio desinflado de la picaresca del vivo, primo hermano del fresco.

Lenguaje, échele usted lenguaje y tropos a esta historia, metáfora e imaginería de escritor exuberante. Manuel Vicent ha hecho seguramente su mejor libro, uno de los más divertidos y los más creadoramente escritos de su panoplia. ■

Las Guías de la Naturaleza

LOS primeros textos de Historia Natural, zoología y botánica que circulaban por España hasta la década de los sesenta eran, en su mayoría, traducciones de manuales alemanes, ingleses e incluso norteamericanos. En ellos se proponían como especies "comunes" o "vulgares" las respectivas de la zona de origen de la versión original, que eran también, a menudo, francamente exóticas en nuestras mediterráneas y meridionales latitudes y sólo con suerte coincidían.

Así las cosas, el indagante pasear por nuestros campos suponía una verdadera tortura, un continuo interrogante. Había que contentarse con los menos inadecuados manuales de Francia, con obras voluminosas y poco apropiadas para llevar consigo en estos paseos, etcétera. A esto había

que añadir el desconocimiento florístico y faunístico de nuestro país: las floras y faunas regionales y nacionales eran y son tarea por hacer. Sin embargo, el oportuno despegue y creciente prestigio de las disciplinas del campo de la biología, heredadas de la antigua Historia Natural, con su líder de moda, la ecología, a la cabeza, aumentó considerablemente la producción autóctona de estas ciencias. A esto se unen dos recientes fenómenos editoriales: el libro de bolsillo, cómodo de transportar, de pequeño formato y en un solo y manejable volumen, y en segundo lugar, el desarrollo de las técnicas de impresión en color y su abaratamiento, ya sea como dibujos o fotografías. Todo esto propició la aparición de unos libritos de documentación conocidos como Guías de campo ("Field guides"), de la Naturaleza o del naturalista.

En el mercado editorial espa-

ñol, la editorial Omega, de Barcelona, fue la pionera, ofreciendo cuidadas ediciones y traducciones y adaptaciones hispanas excelentes de las populares Collins inglesas y Delachaux et Niestlé suizas. La primera en su género fue la Guía de campo de las aves de España y Europa, de Peterson, Mountford y Hollon, más popular y abreviadamente conocida como "el piterson", adecuada versión de la edición inglesa. En ella se ofrecía un sistema de identificación de los pájaros en su medio ambiente creado y patentado por el ornitólogo británico Roger Tory Peterson: agrupar en planchas de dibujos en color a las especies por su apariencia similar, que podría hacernos confundirlas entre sí (que no tenía por qué coincidir con su parentesco evolutivo y sistemático); figuraban juntas las golondrinas con los vencejos, las terreras con las alondras. Unas flechas señalaban y hacían resaltar "los rasgos distintivos" o verdaderamente diferenciales de cada especie. Junto a cada lámina figuraba un pequeño comentario, completado en el texto sobre su morfología externa, su voz y canto, hábitos y distribución geográfica. La obra fue saludada con alborozo no sólo por los aficio-

nados hispanos, sino por los europeos.

Pero tras ella surgió la problemática ambiental y ecológica, el "boom" de la Naturaleza, la divulgación en programas de televisión, etcétera. Todo ello propició que años más tarde surgieran, de la mano de esta editorial y posteriormente de Blume, una extensa lista de títulos que cubrirían temas como los mamíferos, reptiles y anfibios, peces, hongos y setas, astros y estrellas, rocas y minerales, fósiles, insectos, mariposas, flores, árboles, fauna submarina y costera, etcétera, etcétera, y por último guías territoriales temáticas de zonas hispanas sobresalientes como Daimiel, Doñana, Covadonga y los parques nacionales pirenaicos.

Destacaré, junto a la citada de las aves, tres más, a mi modo de ver modélicas: en primer lugar, la voluminosa Guía de campo de las flores de Europa, que incluye dibujos y fotografías de Oleg Polunin, en editorial Omega, Barcelona, 1974. Y como ahora el problema es elegir para el aficionado genérico entre el cúmulo de obras desde lagartos a las mariposas y desde las setas a los árboles, señalaremos la obra de Garms y Eigener de EUNSA titulada Plantas y animales de España y Europa y la maravillosa Guía práctica ilustrada para los amantes de la Naturaleza, que sólo un inglés como Michel Chinery podía hacer (Blume, 1979), donde se explica cómo coleccionar minerales o insectos, hacer un herbario, medir un árbol, sacar huellas de cortezas o moldes

